

La educación en la periferia del capitalismo: construyendo un nuevo pacto

RENATO DAGNINO

DOI: <https://doi.org/10.36888/udual.universidades.2024.100.759>

Introducción

El presente artículo se enfoca en las condiciones socioeconómicas de las políticas relacionadas con la producción del conocimiento, las cuales dan origen a lo que acostumbro englobar bajo el concepto *política cognitiva*, para reconocer la forma en la que se ha entrelazado en el mundo entero: las políticas de Educación, Ciencia y Tecnología.

El estudio considera las implicaciones que tienen los valores, intereses y comportamientos en la política cognitiva tanto de la clase propietaria como de la trabajadora, y la manera en la que se constituye entre ellas un pacto por la educación, mediado por el Estado capitalista. A pesar de que esta categorización es dicotómica, binaria, simplista, e incluso anticuada para muchos, considero que es necesario adoptarla para esclarecer estos condicionantes.

El análisis se encamina a la concepción de un nuevo pacto, coherente con un proyecto societario “más allá del capital”. Su camino –usual en la tradición intelectual crítica que nace en la periferia del capitalismo– examina, en primer lugar y a manera de ejemplo, la forma en que estos condicionantes se manifiestan en los países centrales (o del norte global). Posteriormente, expone la manera en que el pacto establecido se instituye, sometido a las especificaciones del contexto periférico, particularmente, del brasileño.

En consonancia con esta tradición, el texto tiene un carácter francamente normativo. Arraigado en la experiencia histórica, en las aspiraciones de los actores sociales marginados, y orientado a su consecución, apunta hacia los gobernantes progresistas que ocupan el aparato del Estado como un camino para la constitución de un nuevo pacto, que tiene como referencia los valores e intereses de la economía solidaria.¹

Un poco de la historia de los países centrales

La política cognitiva estuvo pautada siempre a través de un pacto entre la clase propietaria y la trabajadora, el cual ha tendido a ocultar el carácter antagónico de sus intereses y valores. Se presentarán, a continuación, las consideraciones sobre cómo se estableció y evolucionó el pacto, cómo se encuentra debilitado en la actualidad, y cómo es necesario formular una propuesta dirigida a la clase trabajadora para orientarla hacia una educación “más allá del capital”.²

Para consolidar el capitalismo, fue necesario proporcionar a los trabajadores las habilidades que las empresas demandaban para satisfacer tanto viejas necesidades, como nuevas, presentándolas como lucrativas. Esto incluía habilidades orientadas a operar las innovaciones introducidas en los procesos de trabajo, lo que permitía a las empresas contrarrestar la presión de los trabajadores para reducir la jornada laboral y aumentar los salarios.

El aumento de la productividad laboral, facilitado por las innovaciones, no necesariamente se reflejaba en un aumento salarial para los trabajadores. Este hecho transformó a las empresas en los países centrales, amparadas por múltiples subsidios otorgados por “su” Estado, en un “motor de innovación”.

A la clase trabajadora, desprovista de medios de producción, obligada a vender su fuerza de trabajo –mercancía que, al ser su única posesión, también se convierte en la única que aporta valor al producto–, y sin respaldo necesario para organizar acuerdos de producción y consumo autónomos, le quedaban pocas alternativas.

Para evitar quedarse rezagada por el avance de este “motor”, y defender su supervivencia, la clase trabajadora se vio obligada a someterse a un proceso de “calificación” continua y empobrecedora. Esto implicó adaptarse a los cambios cognitivos que el motor imponía: la expropiación del conocimiento tácito dominado por la clase trabajadora; la paulatina codificación en las universidades capitalistas (de modo que impidiera su desapropiación); y los medios de producción, transformados en propiedad privada crecientemente monopolizada.

Este pacto se caracterizaba por un “cercamiento” en el ámbito cognitivo que, en el ámbito material, el capitalismo provoca de forma inherente. Sin embargo, este pacto era validado por, entre otros factores, las oportunidades laborales asociadas a la consolidación del proyecto capitalista de organización de la sociedad occidental. Existía la expectativa de un futuro mejor para la clase trabajadora, que contrastaba con la brutalidad feudal y con la amenaza de la exclusión social que, en el marco inicial de este proceso, había dejado la llamada Revolución Industrial.³

La iniciativa que, desde el final del siglo XIX, buscó capacitar a la clase trabajadora, o extenderle el conocimiento de la clase propietaria con la ingenua esperanza de liberarla de la opresión, siempre fue limitada. Aún más escasas fueron aquellas iniciativas que buscaban contrarrestar ese conocimiento proveniente de la clase propietaria, “su” Estado, y sus empresas.⁴

La interpretación potenciada por el proceso de construcción del socialismo soviético –la cual sostenía que el desarrollo lineal e inexorable de las fuerzas productivas conduciría a modos de producción cada vez más avanzados, al tensar las relaciones sociales de producción– predominó en el ámbito de la izquierda marxista y, por extensión, en el movimiento sindical.

Permaneció intocable el dogma “trans-ideológico” de que existiría una ciencia verdadera, intrínsecamente buena, universal y neutra (en el sentido de ser funcional para cualquier proyecto político), y una tecnología que podría ser aplicada para bien o para mal. Además, la idea de que bastaría que la clase trabajadora –las fuerzas productivas que estaban siendo utilizadas, momentáneamente, en beneficio del capital– se apropiara del conocimiento científico y tecnológico para construir el socialismo, persistió.⁵

Esta situación impidió el surgimiento de una visión crítica que reconociera la artificialidad ahistórica e ideológicamente construida por el capital, para el beneficio propio, en el ámbito de la ciencia y la tecnología. Comprender la tecnociencia como un concepto primitivo permitió el cuestionamiento de la neutralidad y el determinismo. Se comprendió que la tecnociencia, en su proceso de desarrollo, está inevitablemente influenciada por los intereses y valores dominantes de su contexto social, a pesar de los intentos de adaptación socio-técnica capitalista hacia una tecnociencia funcional para el proyecto político de la clase trabajadora.⁶

De esta manera, a pesar de que el proyecto capitalista estaba siendo seriamente discutido, y de la amenaza que representaba el socialismo, la clase trabajadora no cuestionó el pacto para la educación. Aunque la transición hacia el socialismo soviético estaba gestando un nuevo tipo de educación más coherente con los intereses de la clase trabajadora, la manera en que se estaba llevando a cabo, circunscrita y limitada por razones tácticas internas y las presiones externas, no logró despertar un movimiento entre la clase trabajadora en los países capitalistas para concebir una alternativa.

Aunque hayan surgido iniciativas revolucionarias de concientización a través de la educación para impulsar la transformación de la “clase en sí” hacia la “clase para sí”, éstas no llegaron a formular propuestas capaces de incidir en el modo en que se organizaba la producción y circulación de bienes y servicios. En consecuencia, las iniciativas tampoco resultaron ser movimientos capaces de promover propuestas que condujeran a la configuración de un nuevo pacto con la clase propietaria.

En resumen: el comportamiento de la clase trabajadora fue principalmente reactivo, al centrarse en la defensa de los intereses inmediatos que poseía bajo el auspicio del capital. A su vez, no fue proactivo en el sentido de concebir el conocimiento necesario para una formación social que pudiera situarse “más allá del capital”.

La coyuntura actual en los países centrales

En el contexto actual del capitalismo en los países centrales, parece difícil sostener este pacto, ya que se vuelve cada vez más frágil ante la dinámica del capitalismo ultra neoliberal. Éste debilita simultáneamente la capacidad regulatoria del Estado e, indisolublemente, mezcla aspectos de naturaleza geopolítica, económica, social y tecnocientífica que refuerzan los privilegios de la clase propietaria. No obstante, las condiciones objetivas que surgen de esta dinámica, y que aceleran las contradicciones existentes de la clase, parecen apuntar hacia rumbos de superación. Analizando la perspectiva de la clase propietaria, es posible resaltar tres aspectos.

En el ámbito individual, estricto en su negocio, la empresa, incluso aunque se dispusiera a lograrlo, es incapaz de interiorizar los efectos externos negativos que hay en la esfera ambiental, económica y social, que de forma genocida ha causado a todos los habitantes del planeta. Aquella empresa que lo logre, de forma contraria a la lógica atomizada e intrínsecamente egoísta que la rige, será excluida del mercado por no conseguir la transferencia de su mayor costo de producción al precio. Por lo tanto, lectora y lector, ¡dejémos de ilusiones!⁷

Sin embargo, en el ámbito colectivo, en el que la clase propietaria actúa como tal, se observa un número creciente de declaraciones que aceptan un aumento en el impuesto sobre la renta, la riqueza y la adopción de “moratorias” relacionadas con los efectos externos negativos provocados por los avances técnico-científicos que amenazan la permanencia de sus negocios.

En el ámbito de “sus” organizaciones no gubernamentales y supranacionales, están ocurriendo las manifestaciones más significativas para explorar las características que podría asumir el nuevo pacto inter-clase en torno a la política cognitiva y, en particular, de la educación.

El ejemplo más reciente es la declaración de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) acerca de la necesidad urgente de fomentar nuevos acuerdos económico-productivos y de consumo (relacionados con aquello que en Brasil llamamos *economía solidaria*) para enfrentar las crisis sociales y ambientales.

Retomando el asunto de interés de manera más cercana, el del análisis del conocimiento en desarrollo, es importante destacar que la investigación técnico-científica de sesgo empresarial –realizada mayormente en los conglomerados transnacionales, siempre con un poderoso financiamiento público– no ha sido capaz de evitar el desastre que estamos presenciando en las esferas ambientales, económicas y sociales. Como digo a mis alumnos de la clase Ciencia, Tecnología y Sociedad, la tecnociencia capitalista incurre en siete pecados capitales: deterioro programado, obsolescencia programada, desempeño ilusorio, consumismo exagerado, degradación ambiental, enfermedad en el sistema, y sufrimiento psíquico.

En lo que concierne a la educación, la clase propietaria no tiene forma de proponer un cambio significativo, salvo acciones puntuales que pretenden llenar lagunas de oferta de mano de obra causadas por la propia dinámica geopolítica, económica, social y tecnocientífica del capitalismo ultra neoliberal, sin considerar las propuestas amorales de la privatización de la educación.

Desde la perspectiva de la clase trabajadora, las acciones tradicionales de carácter reactivo, incluso centradas en la defensa de los intereses empleados formalmente, han demostrado una eficacia claramente decreciente debido al fortalecimiento de esta dinámica ultra neoliberal.

A pesar del aumento del segmento de la clase trabajadora “no empleable”, y del crecimiento de las iniciativas europeas que promueven la creación de cooperativas, todavía existe una notable escasez en la elaboración teórica necesaria para viabilizar medidas de política cognitiva que impulsen la implementación de proyectos alternativos de producción y consumo.

Como resultado del gran poder de los trabajadores formales y sindicalizados que conservan alguna capacidad de organización y vocalización, no ha ocurrido una valoración en la producción y disseminación del conocimiento que apoye estas iniciativas de cooperativismo. Además, se han encontrado obstáculos para llevar a cabo las escasas actividades realizadas en las instituciones de enseñanza e investigación que están en miras de atender los intereses de la clase trabajadora en la creciente asignación de los recursos públicos en la investigación y desarrollo empresarial.

Aunque entre los trabajadores de estas instituciones haya crecido la percepción de que la tecnociencia capitalista, desarrollada por y para la empresa, no es adecuada para el éxito de aquellos acuerdos alternativos, y de que es

necesario proyectarla en dirección de la tecnociencia solidaria,⁸ las tentativas de cambio en su agenda de educación, investigación y extensión son insignificantes.

Aún menos significativas son las actividades de adecuación sociotécnica⁹ de la tecnociencia capitalista hacia una tecnociencia solidaria, las cuales se llevaron a cabo en estas instituciones, en colaboración con los trabajadores asociados a dichos acuerdos.¹⁰ Concluyo este punto con un análisis breve de la correlación de las fuerzas que permite vislumbrar un futuro deseable, e investigar la posibilidad de gestar un nuevo pacto.

Las contradicciones del capitalismo ultra neoliberal, la imposibilidad virtual de mantener el tipo de organización de la producción y el consumo que adopta y, en especial, las implicaciones del desarrollo técnico-científico asociado con la clase trabajadora, debilitan la capacidad propositiva de la clase propietaria. No obstante, las manifestaciones de la clase trabajadora que surgen en muchos sitios contra los distintos aspectos negativos y opresores del ultra neoliberalismo apuntan, aunque por negación, hacia la construcción, en la esfera cognitiva, de un escenario “más allá del capital”.

A medida en que la clase trabajadora formule un nuevo proyecto societario, la economía solidaria será su elemento central. Al representar más que una utopía, y una propuesta concreta de transformación en las relaciones sociales de producción, basada en la propiedad colectiva de medios de producción y autogestión, ésta se irá materializando a través de políticas públicas enfocadas en su expansión y consolidación. La reorientación de la política cognitiva, dada su importancia como política-medio que confiere posibilidad para muchas otras políticas-fines, deberá ser, anticipadamente, concebida de acuerdo con los valores e intereses de la clase trabajadora.

Es en este proceso que surgirá una propuesta de educación que se adhiere al objetivo de consolidar una economía solidaria. Y será a partir de ésta que la clase trabajadora negocie un nuevo pacto por la educación con la clase propietaria.

Un poco de la historia de la periferia brasileña

Históricamente, en el contexto del capitalismo, el pacto en torno a la política cognitiva y, particularmente, de la educación, adquirió especificaciones. La primera es en relación con el modo en que se dio la conquista y el saqueo del territorio (lo que se conoció con el eufemismo “colonización”). Desde sus inicios, estuvo marcado por la extracción depredadora de bienes naturales –denunciada hoy mundialmente– y por la explotación igualmente salvaje del trabajo vivo (plusvalía) con la esclavización de los indígenas, la expropiación de su tierra y el exterminio de una gran parte de ellos que resistieron a la dominación (se estima que la población indígena oscilaba entre 5 y 8 millones, pero a finales del siglo XIX quedaban menos de 500 mil). Enseguida vino el comercio de esclavos provenientes del continente africano (conocido con el eufemismo “tráfico negrero”).

Las relaciones sociales de producción que beneficiaban internamente a los que producían en la periferia los bienes consumidos en el centro –donde ya se expandía la extracción de plusvalía relativa– estuvieron centradas en la explotación de la plusvalía absoluta. De esta manera, la clase propietaria desarrolló la práctica de obtener ganancias significativas de actividades como

la extracción de plata y oro en las colonias de América española, una práctica que persiste hasta hoy en día.

Conocemos poco sobre la producción de las “rarezas” que se realizaba con un costo extremadamente bajo para los conquistadores recién llegados, y que luego eran vendidas a precios “internacionales” a los parientes que se habían quedado en sus países de origen. Con elevada “eficiencia” y lucro, estos comenzaron el primer complejo mundial de agronegocio, y de grandes requisitos cognitivos, involucrando alta complejidad logística. La producción de azúcar de caña fue responsable de la fundación de nuestra actividad económica.

Mucho más adelante, con la producción del café, se montó una infraestructura logística más sofisticada y costosa. Tecnologías (o complejos socio-técnicos) como la ferroviaria portuaria, energética y de comunicación, que emergían en Inglaterra, no fueron apropiadas para seguir una estrategia cognitivamente más eficiente, como sí ocurrió en países de Europa que también “sustituían importaciones”. El simple hecho de haber sido compradas es un indicio de que nuestra clase propietaria consideraba ésta como la manera más rentable de incorporar tales complejos sociotécnicos en el negocio que compartían con sus familiares.

No me parece adecuado afirmar que una división internacional del trabajo, impuesta por “egoístas, usurpadores y malvados” capitalistas de la metrópoli, habría sido lo que obligó a los “explotados y sometidos” a especializarse en la producción de materias primas y a depender de la importación de manufacturas. El “intercambio desigual” entre los conquistadores que operaron aquí y los socios que operaban a distancia era un negocio que permitía beneficios extraordinarios a ambas partes que patrocinaban la conquista.

Todos sabemos de la enorme cantidad de oro, plata y otras mercancías que los conquistadores enviaron a sus familiares al continente europeo, y de su papel fundamental, especialmente cuando esos recursos cambiaron de manos para consolidar el capitalismo. Asimismo, se sabe cómo la plusvalía generada en la periferia fue transferida hacia el centro, a través de los mecanismos cambiantes que caracterizaban el “intercambio desigual”. Sin embargo, el hecho de que no haya habido una diferencia significativa en la calidad de vida de esos familiares puede sugerir que la rentabilidad en ambos extremos del negocio era similar.

No pretendo revisar nuestra historia, pero me atrevo a provocar a quien esté interesado, mediante lo que escribí en un artículo reciente: “no es necesario ser economista para percibir que aquí tenemos la mayor tasa de interés del mundo, y si aún se produce un alfiler brasileño, es porque nuestra tasa de beneficio es, también, la mayor del mundo”.¹¹

Esta característica del capitalismo naciente –que beneficiaba a los europeos y a las primeras generaciones de propietarios brasileños– causó que la típica relación de producción capitalista, basada en la explotación de la plusvalía relativa facilitada por la innovación y el aumento en la productividad del trabajo en el centro del sistema, se estableciera en esta región mucho más tarde. Esto ocurrió solamente, aunque sin sustituir aquellas basadas en la explotación de plusvalía absoluta, cuando aquí se difundió el estándar de organización de la producción y el consumo de la empresa en los países centrales.¹²

Por numerosas razones que no referiré aquí, la formación económico-social periférica se caracteriza por una dependencia significativa con los países

centrales. Nuestra dependencia cultural permite un mercado interno imitativo. Su demanda provoca que las empresas ubicadas en este sitio produzcan bienes y servicios (especialmente industriales), semejantes a aquellos fabricados en los países centrales.

Nuestro proceso de industrialización mediante la sustitución de importaciones tenía como objetivo, precisamente, satisfacer la demanda de la clase propietaria por los bienes que importaba, utilizando los recursos que recibía de las exportaciones previamente hechas. A pesar de haber tenido brotes industriales en varias partes del territorio –lo que demuestra la viabilidad precisa de esta estrategia–, este proceso sólo se intensificó en función de las crisis y guerras ocurridas en los países centrales que dificultaban la importación de manufacturas.

Su transformación en un “modelo” que comenzó a condicionar el conjunto de las políticas públicas nacionales fue desencadenada por una simple lectura de la clase propietaria de la balanza comercial del país, que mostraba un deterioro en los términos de intercambio. Al diferenciar lo que sería adecuado de lo que sería apropiado y de lo que llevaron a cabo sus homólogos en otras regiones, nuestro proceso de industrialización no se basó en una evaluación sobre la forma óptima de aprovechar nuestras ventajas comparativas naturales y humanas. Los nacionalistas bien intencionados que aún critican la falta de «agregación de valor» a las materias primas deberían entender que este enfoque era tanto irreprochable como económicamente racional.

En una articulación que contó con la poderosa participación del capital extranjero, con sus intereses y ofrendas históricamente cambiantes, el centro dinámico de este “modelo” fue ocupado por el estado de São Paulo. Lugar de negocios que, al ser beneficiado por una reserva del mercado para la manufactura, transformó el resto de nuestro territorio en una “periferia de la periferia” que provee, incluso, mano de obra barata.

Después de la esclavización indígena y africana, y de la importación de europeos hambrientos exiliados en función de un nuevo modo de expansión capitalista basado en la extracción de plusvalía relativa, nuestra clase propietaria concibió otro “ejército preindustrial de reserva”. Al estar cubierta por un barniz más capitalista, así como industrializador, engendró otro canal de suministro de trabajadores poco exigentes y de bajo precio. Éste no implicaba, como ocurrió en los países centrales, la migración de pobres llegados de las excolonias, aquellos que hoy, después de impulsar su negocio, “crean problemas” para el funcionamiento de su economía.

En la llamada Región Norte y, particularmente, lo que posteriormente se denominaría como Nordeste, la sección “atrasada” y oligárquica de la clase propietaria fue alterando la tierra indígena y concentrando la tierra. Esta dinámica sirvió como un patrón predominante, principalmente en esa área, aunque también en el conjunto del territorio, donde familias campesinas dedicadas a la producción de alimentos eran desplazadas hacia el oeste y, eventualmente, despojadas de sus tierras para dar paso a extensos latifundios que se beneficiaban de esta actividad comercial internacional.

El desarrollo urbano industrial, que aumentó a partir de la quinta década del siglo pasado, potenció este proceso al aumentar la demanda de mano de obra. El resultado fue el desplazamiento, casi forzado y concentrado en la zona más pobre de las ciudades, de más de 40 millones de personas (tan sólo

entre 1975 y 2017). De esta forma, a través de expedientes como el que se conoció como “industria de la sequía”, se preparó el terreno para lo que sería la expansión salvaje del agronegocio y la explotación mineral.

En el “sur maravilla”, la sección “moderna” e industrial recibió a los trabajadores despedidos que comenzaban a desempeñar tareas que el modelo de industrialización exigía. Aunque este modelo era imitativo, multinacional y carecía de una formación tecnológica sólida, ofrecía muchos beneficios para los intereses de esta sección, considerando la cobertura, la intensidad y la velocidad de implantación que le caracterizó. Por otro lado, la sección “atrasada” y oligárquica, a través de la articulación política característica del estilo desarrollista nacional mantuvo su participación gracias a un entramado político que atravesó periodos tanto civiles como militares, asegurando su parte en este proceso.

Todo lo que expresé anteriormente no implica que desconozca o niegue la evidencia de que la clase propietaria de los países centrales y, aunque en menor medida, a su clase trabajadora, no se haya beneficiado de nuestra condición periférica y de su contraparte, el imperialismo. Tampoco desconozco que esto se dio en una división internacional del trabajo donde predominaba la producción de bienes primarios con escaso conocimiento técnico-científico generado localmente, principalmente por los conquistadores; y que sus parientes se dedicaban a la producción de bienes y servicios con un constante incremento en el conocimiento ingenieril en sus países, adaptados al carácter imitativo (dado que era culturalmente dependiente) del estilo de desarrollo periférico, que era también producido en nuestra región.

Quiero afirmar que no me parece correcto, a pesar de que sea frecuente, interpretar esta situación como perjudicial para los habitantes de cada país periférico. Esto se debe a que es fundamental comprender que, si bien su clase propietaria se benefició de la “oportunidad de negocio” proporcionada por esta situación, tales beneficios nunca se extendieron a la clase trabajadora. Este hecho es esencial para un análisis preciso de la política cognitiva.

El efecto conjunto de la dependencia cultural de este modelo de desarrollo desigual y combinado, de la presión del mercado para adoptar tecnología proveniente de los países centrales, de la relativa escasez (o infrautilización) de la capacidad técnico-científica nacional, del poder económico y político, de las ventajas obtenidas de las transnacionales y de su integración en el tejido productivo local, condicionan de manera profunda las actividades relacionadas con la política cognitiva. Es fundamental considerar que resulta económicamente irracional desarrollar internamente el conocimiento técnico-científico necesario para satisfacer una demanda del mercado interno imitativo, donde los bienes y servicios que generan la ganancia de las empresas fue diseñado en otros sitios.

Lo que se verifica, debido también a una mucho menor remuneración de la mano de obra en la periferia, es que tanto las empresas nacionales como extranjeras que operan aquí adoptan un comportamiento innovador claramente imitativo. Relativamente modesto, realimenta la tendencia primaria-exportadora y rentista de nuestra clase propietaria que, encerrando el ciclo de la industrialización, a través de la sustitución de las importaciones, promovió la desindustrialización del país. Al no ser necesaria la innovación, la empresa

puede tener ganancias sin preocuparse por “desviar” el recurso público que recibe para que sus empleados (o subcontratados) se “califiquen”.

La influencia de los aspectos socioeconómicos y políticos, destacados en este análisis, en la educación es evidente. En nuestra realidad, más que en los países con un capitalismo más avanzado, la orientación de nuestra política cognitiva ha sido determinada en gran medida por nuestra élite científica. Es en ese ámbito donde se “dice”, o se decide, lo que los estudiantes menores que entran al jardín de niños necesitan aprender para pasar el examen de una universidad pública. Dada nuestra condición periférica, que limita la participación de otros actores en la formulación de esta política, son estas élites quienes, en última instancia y por defecto, definen las características de nuestro pacto educativo.¹³

Las “antenas” de esta élite científica estuvieron constantemente, debido a nuestra condición periférica, orientadas hacia lo que realizaban sus pares en los países centrales. Así se originó el saber que se “cultiva” en las instituciones, las cuales, como un enclave, fueron creadas aquí a imagen y semejanza.

Como consecuencia de la adopción de las agendas de educación, de investigación y de extensión provenientes de otros países, las demandas cognitivas (o técnico-científicas) integradas en muchas de las necesidades colectivas de bienes y servicios, especialmente aquellas de la clase trabajadora que están desatendidas, permanecen inexploradas.

Entre los numerosos ejemplos, es relevante mencionar que la expropiación de tierras de los pequeños agricultores productores de alimentos y del Estado incitó al latifundio a potenciar el agronegocio. Mientras se descuidaban las demandas cognitivas debido al desmantelamiento de la extensión rural, fue creada, a inicios de los años sesenta, una compleja y mejorada estructura de generación y difusión de conocimiento para atender el objetivo de acumulación de la clase propietaria.

Este ejemplo demuestra que, en todo el mundo, la reticencia de las empresas a invertir en investigación puede ser contrarrestada, incluso en la periferia. En realidad, cada vez que un segmento de la clase propietaria, dotado de poder político y económico, ha incorporado en su proyecto político una solicitud de conocimiento nuevo, o difícilmente obtenible, ha sido posible desarrollarlo, por supuesto, a través de “su Estado”. Otro argumento útil es que, dada su alta complejidad y originalidad, las demandas técnico-científicas incorporadas en las necesidades colectivas mal atendidas podrían generar un círculo virtuoso de ocupación de la capacidad infrautilizada de nuestras instituciones de educación e investigación, y de su expansión y legitimización social.

Al retomar el párrafo que comencé con la frase “quiero afirmar que...” –y subrayando que lo hago de pasada, ya que profundizar en el argumento me alejaría del tema principal de este texto–, es importante señalar que hoy no se puede esperar mucho de la disposición de nuestra clase propietaria de aprovechar los favores gubernamentales que desde siempre recibieron para adoptar el comportamiento “virtuoso” que caracteriza a sus congéneres de los países centrales. Políticas orientadas a hacerla más competitiva al agregar valor a las materias primas, en facilitar su adhesión en una transición energética, o en adoptar comportamientos socioambientales sustentables, etcétera, difícilmente tendrán éxito.

Concluyo esta sección con una observación crucial: contrario a lo que ocurrió en los países centrales, la vigencia del pacto de educación no generó un entorno mínimamente favorable para la clase trabajadora. En función de las características que asumió nuestra formación social capitalista, el pacto establecido en nuestro país no produjo ni siquiera los limitados beneficios que se consiguieron en otras regiones.

La constatación de que el “desempeño” frágil de nuestra educación, principalmente cuando fue evaluada de acuerdo con los indicadores de los países centrales, es consecuencia de que ésta, al ser como es, corresponde a las necesidades cognitivas demandadas por la clase propietaria, me lleva a tomar prestada una de las frases lapidarias de Darcy Ribeiro: “La crisis de la educación en Brasil no es una crisis: es un proyecto”.

Preparando un nuevo pacto para la educación brasileña

Al final de la sección “La coyuntura actual en los países centrales”, hablé de las características del escenario deseable, del nuevo proyecto societario, del papel que se asumirá en su interior con la economía solidaria, y cómo, a partir de su implementación, se irá gestando una propuesta para negociar con la clase propietaria la creación de un nuevo pacto.

Ahora me referiré a algunos aspectos adicionales de nuestra realidad. Aunque es importante hacerlo para concebir acciones, lo abordaré de manera sintética, dado que ya he cubierto este tema en detalle en los medios de comunicación de izquierda.

En los aspectos socioeconómicos y políticos que comprendo, simplemente, como condiciones para la evolución del pacto, están presentes dos estrategias en la escena brasileña, que, aunque no son excluyentes, delimitan el curso de las acciones de forma distinta en términos de política cognitiva, entre otros.

Por un lado, está la estrategia “empleo y salario”, basada en el estímulo de la actividad empresarial para generar crecimiento económico. Al estar alineada al *desarrollismo* nacional que dirigió nuestra política pública por décadas, y a pesar de haber sido relativamente exitosa 20 años atrás, es considerada insuficiente para combatir el legado de la inequidad, la injusticia y la degradación ambiental que recibió el actual gobierno de izquierda.

Al estar basada en las experiencias de la “Revolución Industrial” y en el potencial de generar desarrollo en la economía solidaria, la estrategia de “trabajo e ingreso” cobra fuerza. Sin pretender la exclusividad, y al comprender que la relación de fuerza mantendrá la priorización de la “reindustrialización empresarial” y la captura privada del poder de compra del Estado, sus partidarios resaltan la conveniencia de complementar la estrategia de “empleo y salario” con la propuesta de “reindustrialización solidaria”.

Entre los argumentos, se apunta que de los 180 millones de brasileñas y brasileños en edad de trabajar, y que constituyen nuestra clase trabajadora, tan solo 30 tienen contratos formales”; mientras que 80 nunca tuvieron y, probablemente, nunca tendrán empleo. Esto dirige la atención, a su vez, hacia la experiencia histórica internacional de los gobiernos de izquierda que fracasaron en la implementación de sus marcadas políticas sociales. La dedicación de estos gobiernos por lograr que el Estado y la economía capitalistas funcionaran con el fin de

obtener recursos para costear la reorientación de la política habría sido una de las causas históricas de su fracaso.¹⁴

Para evitar que las políticas sociales se conviertan en rehenes del buen funcionamiento del capitalismo y puedan reconstruir la democracia, dicen, en sintonía con lo que sucede en el norte, es necesario otro gobierno que fomente acuerdos productivos y de consumo, basados en la propiedad colectiva de los medios de producción, en la solidaridad y la autogestión.

Al constatar que la desindustrialización fue una opción sugerida por nuestra clase propietaria, que fomentar la participación de sus empresas en el mercado global implica privilegios desmedidos, y que éstas no están interesadas en el potencial de nuestro conocimiento técnico-científico, los partidarios de la estrategia “del trabajo y los ingresos”, y de la propuesta de “reindustrialización solidaria”, defienden una reorientación radical en la política cognitiva.¹⁵

Para atender las demandas cognitivas incorporadas a las necesidades materiales colectivas insatisfechas, se propone elaborar una política cognitiva que incorpore –más allá de la élite científica, cuyas “antenas” tendrán que seguir orientadas hacia el norte– a actores poco escuchados hasta ahora: las trabajadoras y trabajadores del conocimiento, quienes actúan en la docencia, la investigación, la planeación y la gestión de la política cognitiva. Ellos son quienes contienen nuestro significativo y creciente potencial técnico-científico.

Al ser efectivamente responsables por su operación, ellos serán quienes promoverán la reorientación necesaria. Esto es debido a que, por un lado, son los que saben identificar estas necesidades como bienes y servicios, para decodificarlas como demandas técnico-científicas (muchas de ellas con evidente originalidad y elevada complejidad), y “llevarlas” al ámbito donde se define la agenda de educación, investigación y extensión de nuestras instituciones. Por el otro lado, ellos son quienes pueden representar de mejor manera el interés público con el gobierno y los demás involucrados en la política cognitiva.

A manera de conclusión, sólo queda decir que el camino que me parece más adecuado ya está delineado. Las condiciones para que sea transitado de inmediato están dadas. Entre ellas, señalo una convergencia propicia. Muchas de estas trabajadoras y trabajadores del conocimiento defienden la estrategia del “trabajo ingreso” y de la propuesta de “reindustrialización solidaria”. Defienden, a su vez, que la política cognitiva esté sólidamente relacionada con los intereses y valores de la clase trabajadora.

Todo esto implica que nuestra educación, de forma inmediata, necesita enfocarse en atender las demandas cognitivas de la economía solidaria. Es elevada su capacidad de acumulación de fuerza política y, mucho más importante a corto plazo, del voto de confianza en el actual gobierno. Es a partir del potencial del conocimiento que poseen sus integrantes que se logrará gestar el nuevo pacto que la clase trabajadora concibe.

Notas

- * Este texto es una versión ampliada y revisada de la publicada en <https://outraspalavras.net/outrasmidias/a-educacao-funcional-esta-em-crise-que-ocupa-seu-lugar/>.

Tiene inmediata referencia a numerosos textos de tamaño apropiado para su publicación en los medios de comunicación de la izquierda brasileña, como en Outras Palavras (<https://outraspalavras.net/>), A Terra é Redonda (<https://aterraeredonda.com.br/>) y GGn (<https://jornalgg.com.br/>).

Estos pequeños textos remiten a libros y artículos académicos de mi autoría (muchos de los cuales también están disponibles en internet), en los cuales hago referencia a los autores donde busqué elementos para formular los conceptos y argumentos presentados aquí. Para facilitar la lectura había optado por omitir las referencias a estos trabajos míos y de los autores en que me basé, y sugerir a quien se dispusiera a profundizar la discusión de estos conceptos y argumentos que buscaran una palabra clave que los representara, adicionaran mi nombre y entraran a los sitios indicados anteriormente (u otros que google o algún otro buscador recomendara). O mejor aún, que entrara en contacto conmigo (rdagnino@unicamp.br) para que pudiéramos, en conjunto, discutir sobre ellos. Sin embargo, debido a la insistencia de los editores de incluir algunas referencias, las indiqué y adopté el llamado de los textos didácticos del tipo “para quien quisiera saber más”, en las notas al pie a continuación.

1. Para conocer más sobre el tema, sugiero una obra seminal de Paul Singer: *Uma utopia militante: Repensando o socialismo* (1998), de Editora Vozes, y pese a lo mucho que se ha producido, el último texto que escribí al respecto: https://aterraeredonda.com.br/propostas-para-os-candidatos-da-esquerda/?utm_source=newsletter&utm_medium=email&utm_campaign=novas_publicacoes&utm_term=2024-04-10
2. La referencia obligatoria es István Mészáros: *A educação para além do capital* (2008), 2ª edición, de editorial Boitempo.
3. Obras como las de Harry Braverman, “Labor and Monopoly Capital: The Degradation of Work in the Twentieth Century”, publicado en 1974 por *Monthly Review Press*, en Nueva York; André Gorz “Adieux au proletariat”,

publicado por Galilée en 1980; David S. Landes, “What do bosses really do?”, publicado en 1986 en *The Journal of Economic History*, 46(3), páginas 585–623, son buenas referencias para quienes deseen profundizar en este tema.

4. Aquí, la referencia pionera “clásica” es el trabajo de E. F. Schumacher, *Small Is Beautiful: Economics As If People Mattered*, publicado por Harper en 1973. Para una revisión de la contribución de varios autores que respaldan la propuesta de la Tecnología Social, en cuya construcción colaboré, ver el artículo de R. Dagnino, F. C. Brandão y H. T. Novaes (2004), titulado “Sobre el marco analítico-conceptual de la tecnología social”, incluido en el libro editado por Lassance Júnior, A. E. et al. (Eds.), *Tecnologia social: Uma estratégia para el desarrollo*, publicado por Fundação Banco do Brasil, en Río de Janeiro, pp. 15-64. Para una versión actualizada y radical (que aborda las raíces del problema) de mi perspectiva sobre el tema, recomiendo el libro *Tecnociencia Solidária*, un manual estratégico de R. Dagnino, publicado por Lutas Anticapital, en 2021.
5. El investigador a quien debo mi entrada al área que contextualiza esta problemática bajo una perspectiva marxista es Andrew Feenberg. Ver *Alternative modernity*, publicado por la University of California Press, en 1999, y *Transforming technology*, de la Oxford University Press, publicado en 2002.
6. Inspirado en el campo de la filosofía de la ciencia, en la obra de Hugh Lacey (1999), *Is Science value free?* de editorial Routledge, y en la Filosofía de la tecnología (que extrañamente no se comunican, como a mi entender deberían hacerlo) en Andrew Feenberg, inicié una discusión en Brasil más sistemática sobre este tema en Renato Dagnino (2008), *Neutralidade da ciência e determinismo tecnológico*, editorial da Unicamp, libro que contó con el honorable prefacio de mi amigo Andrew.
7. Enfocando este tema en el escenario brasileño actual, examino algunas de esas ilusiones en <https://aterraeredonda.com.br/conversando-sobre-a-nova-industria-brasil/>
8. Además del libro citado anteriormente, *Tecnociência Solidária, um manual estratégico*, sugiero, para quienes estén familiarizados con la lengua inglesa, un resumen de sus principales elementos: Renato Dagnino (2022),

- “Solidary Technoscience: A Concept for the Philosophy of Technology”, en el libro editado por Helena Mateus Jerónimo: *Portuguese Philosophy of Technology: Legacies and contemporary work from the Portuguese-Speaking Community*, de Springer Verlag, pp. 305-320.
9. Este concepto se explora con detalle en el libro *Tecnologia Social: contribuições conceituais e metodológicas* (2014), de Renato Dagnino, de EDUEPB y Editora Insular. El concepto, a su vez, está inspirado en la obra de los investigadores de la Construcción Social de la Tecnología, como Bijker, Wiebe E., et al. (2012), *The social construction of technological systems: New directions in the sociology and history of technology*, de la MIT Press; y Bloor, D. (1991), *Knowledge and Social Imagery*, 2a edición, de la University of Chicago Press.
 10. En mi texto https://aterraeredonda.com.br/tecnociencia-solidaria-e-plataformizacao-da-sociedade/?utm_source=newsletter&utm_medium=email&utm_campaign=novas_publicacoes&utm_term=2024-04-25 se discutió, en una Conferencia Libre realizada para poner estos dos temas en la agenda de la 5ª Conferencia Nacional de CT&I, hasta ahora ausentes debido a la insipiente en nuestro medio y su carácter contra hegemónico, y en las decenas de eventos similares que han sacudido y galvanizando lo que estaba involucrado con el asunto. Este es un testimonio de la preocupación, todavía insipiente, de realizar procesos para la Adecuación Sociotécnica, como los relacionados a la plataforma “subversiva”.
 11. “¿Y de la tasa de ganancias nadie va a hablar?” de Renato Dagnino: <https://aterraeredonda.com.br/e-da-taxa-de-lucro-ninguem-vai-falar/>.
 12. La obra que se ha vuelto una “lectura obligada” en las licenciaturas relacionadas con el Pensamiento Latinoamericano en Ciencia, Tecnología y Sociedad es: “El pensamiento en ciencia, tecnología y sociedad en Latinoamérica: una interpretación política de su trayectoria” de R. Dagnino, H. Thomas y A. Davyt, publicado en la revista *Redes*, Buenos Aires, en el volumen 3, número 7, pp. 13-51, en 1996. En esta obra, además, se revisa la contribución de los fundadores de tal pensamiento y se analiza cómo fue desafiada su construcción por la innovación, explicando así el origen de muchas de las afirmaciones realizadas en esta parte del texto.
 13. Desarrollo, en primer lugar, la idea de que la élite científica desempeña un papel hegemónico en la política cognitiva de la periferia del capitalismo en: Renato Dagnino, *Ciência e tecnologia no Brasil: o processo decisório e a comunidade de pesquisa* (2007) de Editora UNICAMP; posteriormente en Renato Dagnino, *A Anomalia da Política de C&T e sua Atipicidade Periférica* (2016) en la *Revista CTS*, volumen 11, número 33. En http://www.revistacts.net/files/Volumen_11_Numero_33/DagninoEDITADO.pdf, hay una aproximación más profunda que parte de los conceptos de anomalía en esta política y su atipicidad periférica.
 14. En <https://renatodagnino.blogspot.com/2023/01/livro-para-explicar-tempestade-e-sulear.html>, trato detalladamente algunas de las afirmaciones que acabo de hacer, en particular esta última, que me fue suscitada por un argumento de José Luís Fori en <https://outraspalavras.net/direito-souprivilegios/a-utopia-a-historia-e-o-desafio-de-governar/>.
 15. En <https://aterraeredonda.com.br/reindustrializacao-solidaria/>, expongo la propuesta de la reindustrialización solidaria, que contrasta con la, evidentemente no excluyente, reindustrialización empresarial que está en curso. Indico algunos de los despliegues que pone en el ámbito de la política cognitiva y, particularmente, en la Política de Ciencia, Tecnología e Innovación en <https://jornalggn.com.br/economia/a-v-conferencia-nacional-de-cti-e-a-nib-por-renato-dagnino/>.